

II. NOTAS

**ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE
EL ESTADO DE LA DEMOCRACIA
EN FRANCIA**

CARLOS-MIGUEL PIMENTEL

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL ESTADO DE LA DEMOCRACIA EN FRANCIA*

CARLOS-MIGUEL PIMENTEL¹

Universidad de Versailles-Saint Quentin (Paris Saclay)

La democracia francesa sufre cierto número de problemas que no son específicos de Francia, pero que a menudo se acentúan más allí que en otros lugares. Pueden señalarse a este respecto el aumento constante de los índices de abstención —con la única excepción, por ahora, de las elecciones presidenciales—, o una desconfianza cada vez más generalizada no sólo hacia la clase política, sino también, y eso es más grave, hacia las instituciones en general y los medios de comunicación, lo cual es peligroso para el debate democrático.

Pero a esos factores generales conviene añadir una gran particularidad francesa, única en Europa: el país está gobernado por un *ciudadano* —utilizando el término a la española— que ha triunfado, es decir por un candidato que se presentó como ajeno al sistema, Emmanuel Macron, y ha conseguido colonizarlo desde el interior.

Hay que recordar en este sentido lo que quizás sea el factor esencial de su espectacular éxito y que no ha sido suficientemente destacado: que en 2017 parecía imposible que la derecha perdiera las elecciones presidenciales, tras un quinquenio de gobierno de izquierdas cuyo balance, según la opinión general, había sido catastrófico, hasta el punto de que el presidente saliente [François Hollande] ni siquiera podía presentarse a la reelección. Ésta fue la principal razón de que las elecciones primarias, tanto en la izquierda como en la derecha, arrojasen resultados aberrantes. Cuando se trata de elecciones disputadas, de resultados inciertos, los candidatos moderados se

* Este ensayo tiene su origen en la intervención realizada por el autor en el Congreso «Enseñar la Constitución, educar en democracia», celebrado en la Facultad de Derecho de la UNED, los días 26 y 27 de octubre de 2021, en el marco del proyecto de investigación con el mismo nombre, financiado por la Agencia Estatal de Investigación, Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, RTI2018-096103-B-100, aprobado en la Convocatoria I+D+i «Retos de investigación» correspondiente a 2018.

¹ Carlos-Miguel Pimentel es Catedrático de Derecho Público en la Universidad de Versailles-Saint Quentin (Paris Saclay), 3, rue de la división Leclerc, 78280 Guyancourt.
Email: carlosmiguelpimentel@gmail.com

ven tradicionalmente favorecidos. Pero en esta ocasión, los moderados fueron sistemáticamente marginados, en beneficio de una radicalización de las posiciones en ambos bandos, porque se suponía que las elecciones estaban decididas de antemano. De forma que los simpatizantes eligieron en las primarias candidatos inesperados, de perfil muy acusado a la izquierda o a la derecha.

Pero los simpatizantes de ambos partidos no son la opinión pública: una gran parte del electorado no se sentía identificada con esas candidaturas, que no podían satisfacer a una opinión moderada. A ello ha de añadirse, en el caso de la derecha, que la candidatura de François Fillon no tardó en convertirse en una candidatura suicida, incapaz de reunir un amplio apoyo: tras haber reivindicado la ejemplaridad y el rigor moral, el candidato se vio envuelto en escándalos muy embarazosos que llevaron a su imputación. François Fillon había declarado anteriormente que si se daba ese caso se retiraría. Incumpliendo su palabra, decidió finalmente presentarse. El candidato de la derecha pasó a encarnar los peores vicios de la clase política.

Para muchos electores, tanto de izquierdas como de derechas, tal contexto político podía parecer desolador, sobre todo al ver dibujarse en segundo plano la amenaza creciente de la extrema derecha, que alcanzaba niveles desconocidos en Europa. En ese contexto sombríamente amenazador la inédita candidatura de Emmanuel Macron pudo parecer el único recurso posible para salvar a la democracia del peligro extremista. Como es sabido, su trayectoria electoral fue la de un meteorito; pero se debió también a que, a diferencia de sus rivales, Macron representaba una fuerza tremendamente potente, que podríamos llamar «populismo coronado». Como los demás populistas, denunciaba a la clase política en su conjunto, izquierda y derecha mezcladas, ambas relegadas al *viejo mundo*. Como los demás populistas, reivindicaba al pueblo frente a las élites, y aducía como prueba que su programa electoral había surgido directamente de las bases, recogido por un movimiento político entonces atípico, *En marcha*, surgido de la sociedad civil. Pero a diferencia de los otros populismos puramente contestatarios, nacidos como oposición y dispuestos a permanecer en ella (Jean-Luc Mélenchon a la izquierda, Marine Le Pen a la derecha), el candidato Macron se presentó desde muy pronto como eminentemente *presidencial*, dispuesto a revestir de inmediato el manto del Jefe del Estado. De ahí que utilicemos la expresión «populismo coronado» para designar un fenómeno de singular potencia y poco frecuente en la historia política: un movimiento que reúne simultáneamente la fuerza devastadora de la oposición y la majestad del poder del Estado. Ocurrió en Francia con Napoleón I, Napoleón III y de Gaulle, pero no es un fenómeno exclusivamente francés². De todas formas, su potencia ofensiva fue en todos los casos excepcional. Podríamos preguntarnos si no fue ésa la razón de que el candidato Macron pulverizara a Marine Le Pen en el debate que tuvo lugar entre las

² Para más detalles, nos permitimos remitir al lector a nuestro artículo en la red «Le populisme couronné. Essai sur un jeu de rôles institutionnel» [El populismo coronado. Ensayo sobre un juego de rol institucional]. *Jus politicum* n.º 27, <http://juspoliticum.com/article/Le-populisme-couronne-essai-sur-un-jeu-de-roles-institutionnel-1449.html>

dos vueltas electorales: frente al populista coronado, la populista contestataria no tenía ninguna posibilidad.

Tal era la situación política relativamente inédita de Francia. El quinquenio de Macron comenzó con un primer año triunfal, cuando nada ni nadie parecía capaz de resistir la fuerza del Presidente. Pero se estaba olvidando que los populismos coronados, dotados de una fuerza excepcional para la conquista del poder, muestran una gran fragilidad para ejercerlo: se ven obligados a crear sus propias élites políticas, las cuales, una vez llegadas al poder, se asemejan cada vez más a las élites precedentes y no resultan, a fin de cuentas, ni mejores ni peores.

Diputados, senadores, incluso ministros: los representantes del partido presidencial, *La République en Marche*, parecen afectados por una debilidad congénita; reproducen los hábitos y la mayor parte de los vicios de la clase política que presuntamente iban a erradicar. Sin arraigo político anterior, sin vínculos locales, se ven reducidos al papel de transmisores de la palabra presidencial, es decir a una mera función de propaganda. Con muy escasas excepciones, su legitimidad política es nula, y por lo tanto no tienen apenas peso político.

El Presidente, por el contrario, daba pruebas de una gran capacidad de reacción política, y estaba presente en todos los frentes de las numerosas crisis que han atravesado su quinquenio: la grave crisis social de los *chalecos amarillos*, totalmente inesperada y potencialmente devastadora, que el Presidente consiguió magistralmente desviar en pocos meses; luego la crisis sanitaria del Covid 19, en la que el Jefe del Estado decidió concentrar en sus manos la totalidad del poder, y por lo tanto también de la responsabilidad. En primera línea y en todos los frentes: Emmanuel Macron ha resultado ser un presidente funámbulo y tremendamente hábil.

Es preciso señalar, en este contexto, el contraste evidente entre la fuerza del Presidente y la debilidad de su partido. Y también el contraste entre las elecciones nacionales o europeas, en las que el gobierno obtiene buenos resultados, y las elecciones locales, que los partidos tradicionales de izquierda o derecha han llegado a dominar. Se ha de reconocer que el *viejo mundo* dista mucho de haber muerto en los ayuntamientos, los departamentos y las regiones —a costa, es verdad, de un récord de abstenciones—.

Así pues, la democracia francesa se encuentra en una situación política paradójica: es una democracia sin posibilidad de alternancia, a no ser la extrema derecha. El electorado moderado está prisionero de Emmanuel Macron. Es cierto que esta situación no es totalmente inédita en Europa: Alemania conoce bien la fórmula de la «gran coalición», que asocia a la izquierda y la derecha en el gobierno, y esa práctica, a falta de algo mejor, es por lo general bien aceptada. Pero hay que señalar que la última gran coalición fue impuesta, y no deseada, por el ascenso de la extrema derecha; y sobre todo que una fórmula semejante sólo puede ser provisional; tras las últimas elecciones de 2021 la situación se ha normalizado, y una coalición de centro-izquierda ha asumido el gobierno del país, dejando en la oposición a los cristiano-demócratas.

Francia se enfrenta pues a una situación en la que Emmanuel Macron empezó por debilitar profundamente a la izquierda, desde su llegada al poder; luego ha debilitado a la derecha, donde el partido de *Los Republicanos* ha estado incluso a punto de romperse, ante la amplitud de las defecciones. En ese contexto, ni la izquierda ni la derecha tienen la menor credibilidad. Pero tampoco el movimiento político del Jefe del Estado resulta creíble.

De esta forma, asistimos en el momento actual a un impactante proceso de atomización de la vida política y del debate público en Francia. Como en 2017, derecha e izquierda compiten en ofertas electorales para intentar sobrevivir. Pero, a diferencia de 2017, asistimos a un inevitable fenómeno de desgaste del poder tras cuatro años en el gobierno. Probablemente ese desgaste pueda explicar la extraordinaria radicalización del debate en dirección a la extrema derecha. La paradoja está en que el gobierno ha seguido al mismo tiempo una política económica decididamente de izquierdas, abriendo de par en par las compuertas del déficit presupuestario durante la crisis del Covid. Pero en el debate público se hace como si nada de esto existiera, y las discusiones están dominadas, de una parte, por la inmigración —cuando no por la denuncia pura y dura de los musulmanes—; y de otra, por el asunto de la soberanía nacional frente a Europa, con un creciente rechazo a aceptar la prioridad de la legislación europea. Estos argumentos, utilizados tradicionalmente por la extrema derecha son hoy retomados por todos los candidatos de la derecha.

Una situación así es probablemente única en Europa. Es cierto que el tema de la inmigración ha tenido un gran peso en el debate público en países como Alemania, Italia y Suecia, a consecuencia de la crisis de los migrantes de 2015, que provocó en un primer momento un ascenso espectacular de la extrema derecha en casi todas partes. Pero esa presión ha caído desde entonces con bastante claridad: por ejemplo, en Alemania, donde la inmigración había dominado las penúltimas elecciones, ha estado prácticamente ausente de las últimas, en las que incluso los extremistas de la AfD no la han apenas mencionado, y han sufrido además un estancamiento electoral.

¿Por qué, entonces, semejante persistencia, casi obsesiva, del tema de la inmigración en el debate público francés? Quizás, en parte, a causa de la persistencia del terrorismo islamista, que ha golpeado a Francia con mucha mayor dureza y duración que a otros países. Pero también, y quizás sea lo principal, porque la moderación del poder *macroniano* produce como reacción mecánica una tendencia al extremismo, que ha acabado siendo la única alternativa al discurso del poder. No hay testimonio más elocuente que el espectacular ascenso en las encuestas del potencial candidato Eric Zemmour, que defiende posiciones tan extremas que ni Marine Le Pen se atreve a mantener. Se trata de la teoría de la *gran sustitución* tomada de Renaud Camus, según la cual la población francesa de cultura cristiana está en riesgo de ser sumergida por la oleada musulmana, cuya cultura se convertirá en dominante. Por lo tanto, los franceses de pura cepa han de luchar por su supervivencia, nada menos, puesto que el Islam, en su conjunto, es incompatible con la República. Aún hay más: toda la delincuencia se identifica con la «yihad» (la guerra santa), sin ninguna distinción; de forma

que se pasa a la fórmula «delincuente = terrorista». Salido de la nada, o poco menos, el todavía no candidato Eric Zemmour ha realizado en pocos meses un trayecto meteórico.

Podríamos pues concluir que, en ausencia de toda perspectiva de alternancia normal, da la sensación de que el poder *macroniano* ha creado lo que podríamos llamar un doble negativo, maléfico, casi monstruoso. Hace unos pocos años, las ideas de Eric Zemmour hallaban una audiencia insignificante a causa de su radicalismo. Ahora son una especie de voz diabólica que satura casi por completo el debate político. Durante mucho tiempo los republicanos moderados han pensado que no había nada peor que el *Rassemblement National* [Agrupación Nacional] de Marine Le Pen. Hoy se ven obligados a constatar que el extremismo llega ya mucho más lejos.

Title:

Some remarks on the state of democracy in France

Resumen:

En este ensayo se analiza la situación actual de la democracia francesa, después del surgimiento de diversos movimientos populistas y, entre ellos, el del actual presidente Macron. En el texto se sostiene que E. Macron es un «ciudadano» que ha triunfado, es decir, un candidato que se presentó como ajeno al sistema y ha conseguido colonizarlo desde el interior.

Abstract

This essay analyzes the current situation of French democracy, after the emergence of various populist movements and, among them, that of the current President Macron. The text argues that E. Macron is a «citizen» who has triumphed, that is, a candidate who presented himself as alien to the system and has managed to colonize it from the inside.

Palabras clave

República francesa, populismo, Democracia

Key words

French Republic, populism, Democracy

